

ADIOS AL IDOLO

JORGE CAFRUNE

FOLKLORE

SUPLEMENTO ESPECIAL

EJEMPLAR: \$ 900.—

LA
HISTORIA
DE SU
VIDA

TODOS
SUS
EXITOS



¿QUIÉN MATÓ A CAFRUNE?

El gran mérito de Jorge Cafrune es haber logrado poner en voz el cancionero de Atahualpa Yupanqui y los compositores de la Argentina profunda, desplegando eficazmente una ritualidad anclada en la tradición patriarcal gauchesca: su figura adquiere popularidad con el boom del folklore en la década de 1960 para radicalizarse en canción de protesta y encontrar eco internacional. Su sorpresiva muerte acaecida en 1978 desencadena una leyenda que día a día no para de crecer. Aquí ofrecemos un adelanto de ¿Quién mató a Cafrune? Crónica de la muerte de la canción militante, de próxima aparición en Tinta Limón ediciones.

POR JIMENA NÉSPOLO

*Y aunque me quiten la vida
o engrillen mi libertad
y aunque chamusquen quizá
mi guitarra en los fogones,
han de vivir mis canciones
en l'alma de los demás.*

No tuve una infancia musical. En la casa de mis padres había un tocadiscos que funcionaba a su antojo dejando muda su escueta colección. Para suplir esa falta a fines de los 70 llegó un pasacasete y las cintas de Jorge Cafrune comenzaron a multiplicarse. Por sobre los compilados de música clásica o infantil, El Turco imponía la diferencia ya antes de la llegada de la democracia. A espaldas de una década que moría, nosotros escuchábamos el repertorio de Cafrune sin cansarnos, solo a condición de no mencionar en la escuela nada de lo que oíamos en casa. Una de las cosas que no podíamos decir era, por ejemplo, que al cantor lo habían matado los militares. Si escuchábamos “el cuento del accidente” debíamos mantenernos silentes porque el peligro podía acechar incluso en ese pueblito de provincia. No fuimos los únicos, claro. Miles y miles de seguidores tampoco creyeron jamás la versión oficial que se dio sobre su muerte. Esto es: que un joven en estado de ebriedad lo había atropellado en Benavidez sin saber siquiera qué o a quién embestía. Quizá porque toda muerte es absurda y es empresa humana llenarla de sentido, el mito del cantor del pueblo creció junto a la certeza de que

su muerte había sido decretada por los militares porque su voz entonaba verdades que precisaban con toda furia acallar.

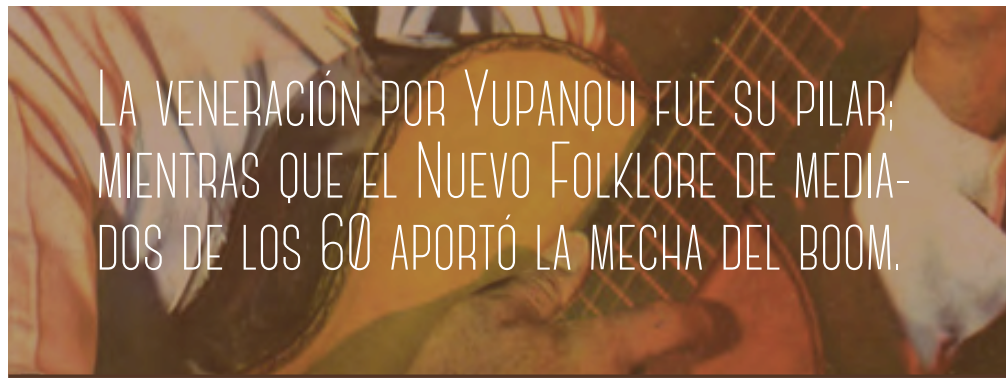
Esta investigación que comienza con una pregunta retórica —una *boutade*, si se quiere— intenta horadar más que en los hechos en sí, no del todo dilucidados en el proceso al joven Héctor Emilio Díaz, en ese magma de significaciones que acompaña la leyenda de una muerte y que encuentra en la canción militante de una década radicalizada el rico manantial donde abreviar.

En el Festival Nacional de Cosquín de enero de 2018 se realizó un homenaje a Jorge Cafrune, conmemorando el cuarenta aniversario de su fallecimiento. Cantidad de folkloristas y cantores se dieron cita sobre el escenario para recordar su figura. De todos los testimonios recogidos sorprende el de León Gieco. Lo transcribo: “Es una alegría participar de este homenaje. Voy a relatar una anécdota que hasta el momento nunca conté. Conocí a Cafrune de chico, cuando vino a tocar a mi pueblo, Cañada Rosquín, en Santa Fe. Al terminar el show alguien me llevó a conocerlo y me presentó ante él como ‘el Cafrune de Cañada Rosquín’. Cafrune me puso una mano en la cabeza y me dijo: ‘Por algo se dicen las cosas, pibe’. Años después me entero de que Mercedes Sosa llegó a Cosquín gracias a Cafrune, que fue él quien la presentó. Yo llegué a Cosquín mucho después, gracias a La Negra, que fue quien me llevó. Así que ahí se cierra el círculo”.

Más que una posta de relevos y bendiciones, el testimonio de León Gieco manifiesta en la narración retrospectiva el deseo de entrar en el círculo de los ungidos y formar parte del panteón selecto de artistas comprometidos hasta el tuétano con la causa del pueblo: un Cristo que en vez de tomar el fusil alza la guitarra y hace lo suyo. En esa necesidad de orquestar un linaje que comienza en Cafrune y se continúa en Mercedes Sosa se reconoce la fuerza y la eficacia del mito.

En rigor, hay que decir que el gran mérito de Cafrune es haber logrado *poner en voz* el cancionero de Atahualpa Yupanqui, de Jaime Dávalos y tantos compositores de la Argentina profunda, desplegando eficazmente una ritualidad anclada en la tradición patriarcal gauchesca. Su figura pública y privada se ofreció compacta y sin fisuras: la performance del gaucho *retobao* encarnó a destiempo, en un siglo que supo hacer de la payada una gran orgía de sangre.

Es que lejos de interpretar los pocos temas que alguna vez compuso, Cafrune proyectó su carrera y alcanzó la fama a través de la recolección y el armado de potentes repertorios, seleccionando autores provenien-



tes de los rincones más dispares del territorio nacional e incluso latinoamericano. La veneración por Yupanqui fue su pilar; mientras que el Nuevo Folklore de mediados de los 60 aportó la mecha del *boom*. La academia, por su parte, ya había preparado el fértil terreno para que el Movimiento de la Nueva Canción germinara. Su estilo no fue el de Guarany: líder de la tribuna. Más bien actualizó la estampa del paisano de a pie que dialoga de igual a igual con su gente, sentado y sereno, sin gestos ampulosos ni griterío. No fue Guarany, no. Tampoco fue el prolijo Antonio Tormo. Desde las primeras presentaciones marcó su estilo: sombrero amplio, bombachas, pañuelo y camisa, a veces el típico guardamontes, y esa barba que al poco de andar se volvió desprolija como la de los revolucionarios o los guerrilleros. Cuando se presentó a comienzos de la década de 1970 en la televisión española, la cantante pop Rafaela Carrá le preguntó por qué vestía así, de dónde sacaba esos trajes tan exóticos. El cantor respondió impávido que se los hacía traer de su tierra, que así vestía su gente. Su estampa refleja, en efecto, la rebeldía férrea, paciente y austera de los de abajo, esa que busca hacerse escuchar a fuerza de persistencia y coraje.

La figura de Jorge Cafrune anida hondo en mi infancia, amalgaman-

do quizá demasiados recuerdos: solo hace falta que su voz gruesa desoville cualquier cinta interpretando *Luna cautiva* o *La rubia moreno* y ya siento que en mí se dispara el sueño campero de mi padre, el sabor a pastizales, el olor a caballo sudado después de galopar toda la tarde por la tosquera junto a mis hermanos y aquella pandilla de amigos que teníamos en la zona. Ojalá estas páginas lleguen a ellos y a tantos otros que alguna vez se preguntaron, o quizá todavía se pregunten: ¿quién mató a Cafrune?

¿Quién mató a Cafrune?

Es apenas un alisado de tosca que no merece llamarse ruta. Cada tanto cruza por allí algún animal del caserío que atraviesa la 27 en Benavídez, a cuarenta kilómetros de la Capital Federal. No tiene iluminación, tampoco banquina: allí la noche cerrada parece confabularse en emboscada.

Hace unas horas que han salido de Buenos Aires iniciando la marcha. Cafrune monta un caballo de pelaje blanquecino llamado Resero —El Reserito lo llaman sus hijas, cantando de inmediato la publicidad de la popular marca de vino: “Resero blanco sanjuanino”—. Lleva en las alforjas la urna con tierra de Boulogne-sur-Mer, aquella ciudad francesa recostada sobre el Canal de la Mancha que guardó los huesos del General José de San Martín: el gesto es pequeño y a la vez gigante, justo en el año en que se celebra el bicentenario del nacimiento del Libertador. La noticia se desparrama en todas las bocas de radio como jarilla seca incendiándose. El calor de enero no afloja y los ocho mil hombres de a caballo provenientes de todo el país que planean congregarse en Yapeyú ya aprietan el paso o ultiman los detalles de la travesía ante la perspectiva de reunirse con el cantor que ha venido de Europa traído por esta idea. Un hábito de dignidad refresca el páramo.

En la última fotografía tomada lo vemos vestido de jinete, con el sombrero norteño de ala levantada ensanchándole la frente y su pequeño hijo entre los brazos, ambos sobre el lomo del caballo. La marcha comienza y el semblante de Jorge Cafrune se muestra confiado. No obstante, él, que ha festejado el regreso del general Perón a la Argentina y se ha dejado ungrir por las palabras halagüeñas de López Rega —que ha dicho: “Cafrune es más peligroso con una guitarra que un ejército con armas”—, sabe de sobra que lo acorralla el peligro.

Pero la marcha ha comenzado, ya no puede ni podría detenerla. Todos estos años se ha dedicado a cantarle al hombre que solo le teme a Dios y

FOLKLORE

Y TURISMO

150 PESOS

el canto
y el
paisaje de
Salta

'TUTU'
CAMPOS
retorna
al Alba

JORGE
CAFRUNE
cumpliendo con
su pueblo



arremete con su guitarra desafiando las injusticias del mundo. ¿Puede su voz quebrarse ahora? Sabe que no. Así que se larga al camino. Pero esta vez no lleva ni a su mujer ni a sus hijas, como solía hacerlo hace unos años cuando recorrían los pueblitos en caravana. Ahora solo va con su compadre Chiquito Gutiérrez, secundados por una camioneta que a poco de andar decide averiarse. Sobre la ruta 27 cae la noche y Cafrune se pregunta, de pronto, quién lo recordará si hoy la muerte al fin viene a buscarlo.

“Apriete que va la marcha/ y ya ha de brotar el humito/ suena lindo el pajarito/ y yooo... me he quedado en patas.” Canturrea un tema que ha interpretado centenares de veces. Pero esta vez la canción no quiere anidar, se le escapa. La actuación en Cosquín, sucedida unos pocos días atrás le ha dejado entre los dientes un sabor metálico, infamante, que se obstina en persistir. Siempre se ha creído un “galopiador contra el viento”: ha provocado, ha ido al límite, así que no es eso lo que lo asusta. No. Más bien es como si una nota distintiva hubiera saltado de la canción, fuera de la armonía establecida, y amenazara con desestabilizar todo el repertorio.

Ya antes de subir al escenario le habían dicho que existía una lista de temas prohibidos, que en la misma Radio Nacional de Córdoba estaba el disco que contenía los temas que no podía cantar tachados con birome en la tapa, que el disco había sido deliberadamente rayado con un clavo, cuestión de que tampoco se pudiera reproducir. Puede suponer qué temas son los prohibidos: *El Orejano* —claro está— ha de encabezar la lista; seguro lo sigue *Milonga del fusilado*, que ha sumado a su repertorio estando en España. Pero ante su sorpresa le comentan que también *Zamba de mi esperanza* está prohibida. Tal grado de estupidez sobrepasa toda expectativa, así que Cafrune decide no darse por enterado. Después de todo, no ha recibido ninguna comunicación oficial.

Tiene armada una selección de temas nuevos que ha estado ensayando para el disco que planea sacar en breve de manera independiente, fuera del arbitrio de la compañía CBS que es quien ha estado editándolo durante los últimos trece años; así que decide tocar esos temas, entre los que está el valsecito *Hombre con H*. Sabe, no obstante, que se debe a su público, y que llegado el momento interpretará todo lo que su público le pida. Y eso es precisamente lo que ha hecho. Pero al segundo tema solicitado ha debido abandonar presuroso el escenario ante la llegada imprevista de los uniformados.

El recuerdo de esa huida humillante, deliberada, entre apuros y bambalinas le atenaza la garganta y le deja en el paladar el sabor amargo de la cobardía o la derrota. Después de esa noche le llueven las amenazas: si emprende la marcha, morirá. Así se lo cuenta a su amigo Héctor Ramos: “Me amenazan diciéndome que si hago el viaje moriré. Dicen que un zurdo no puede mancillar la tierra de San Martín. Siempre dije que no soy comunista, que soy nacionalista con ‘c’ y no con ‘z’. Yo le canto al pueblo”.

No obstante, Cafrune monta su caballo blanco y comienza la marcha.

“Vieja soledá/ hoy me iré de ti/ buscando la luz/ de un amanecer./ Cuando llegue el alba/ viviré, viviré” canturrea ahora en medio del atardecer. El compás rítmico de las herraduras golpeando el camino de tosca y grava se apaga sin parsimonia. Nadie se asoma de las casas a su paso. “¿No seremos fantasmas?”, bromea Gutiérrez como queriendo alejar un mal presentimiento.

Es la hora en que la noche se cierra en una oscuridad fiera, así que deciden prender un candil que llevan de guía. Cuando apenas faltan trescientos metros para llegar al cruce de la ruta mayor, un ruido artero irrumpe por atrás volteando caballos, jinetes y atavíos. El ruido del motor se aleja. La noche es una trampa infame que desmerece su manto de estrellas. Suena el silencio, el canto de las chicharras, algún que otro sapo.

“Tengo rota la espalda, me estoy desangrando” le dice Cafrune a Gutiérrez cuando este, que ha logrado ya levantarse del suelo, se acerca a socorrerlo. Su amigo lo revisa, quiere encontrar la herida: puede hacer un torniquete, detener el sangrado. Recorre el cuerpo, una y otra vez en la oscuridad pero no encuentra nada. “Me estoy desangrando por dentro”, dice el cantor.

Se suceden horas de impericia en una salita de primeros auxilios cercana: tiene rotas diez costillas y politraumatismo de cráneo. Lo trasladan al Hospital Municipal de Tigre y luego, en el intento por llevarlo al Instituto del Tórax de Vicente López, Cafrune muere. Su caballo sobrevive. El dolor es extremo. Familiares y amigos deciden velarlo en la Federación Argentina de Box: algo de púgil que ha sabido soportar las embestidas de la historia arropa su cuerpo inerte. Un Ringo Bonavena del canto. Antes de la cremación en el cementerio de la Chacarita, la noticia de su muerte acaecida el 1º de febrero de 1978 ya ha ganado la calle. Cantidad de diarios y revistas, del país y del exterior, la ventean; el diario *El País*, de España, por ejemplo publica la información así:

El folklorista argentino Jorge Cafrune murió arrollado por un automóvil cuando transitaba a caballo por una carretera a 35 kilómetros de Buenos Aires. A sus 39 años, Cafrune era uno de los artistas más populares en su género.

Cafrune había iniciado el pasado martes una marcha a caballo hacia Yapeyú, lugar de nacimiento de José de San Martín, a 750 kilómetros al norte de la capital argentina, llevando en un cofre tierra de Boulogne-sur-Mer, la ciudad francesa donde murió el héroe argentino. Pensaba llegar a Yapeyú el 25 de febrero, a una media de treinta kilómetros diarios. Cuando no había terminado su primera etapa, un automóvil arrolló al caballo y despidió a Cafrune a unos veinte metros de distancia. Antes de partir, vestido con bombacha gaucha, sombrero ancho y poncho multicolor, Cafrune recibió la bendición del rector de la catedral de Buenos Aires al pie del mausoleo donde reposan los restos de San Martín. (El País, 2/2/1978)

La versión oficial del caso indica que Héctor Emilio Díaz, el muchacho de diecinueve años que lo atropelló, venía sin luces y borracho. Que la ruta estaba oscura y que embistió sin saber qué ni a quién y que siguió sin más su camino. La versión oficial indica también que al día siguiente, al escuchar por radio la noticia de la muerte, decide entregarse y que su padre lo acompaña, porque es menor. El proceso es veloz y Díaz rápidamente es absuelto. Hace apenas semanas ha cambiado la ley de tránsito: los jinetes debían ir por la banquina y como el inculpado aduce que los jinetes iban por la ruta queda libre.

Sin embargo... hay otra historia que crece en las bocas anónimas. Al poco tiempo de sucedido el “accidente”, el joven y su familia se van de Benavídez. O mejor dicho: desaparecen, porque nadie vuelve a saber de ellos.

En el polémico libro de Horacio Paino, *Historia de la Triple A*, hay una referencia explícita a la muerte de Jorge Cafrune en la que hasta el momento nadie se ha detenido. Guiado por el deseo de expiar culpas, el autor explica y ofrece pruebas de cómo organizó el comando de operaciones paraestatal conocido como la Triple A, desde el Ministerio de Bienestar Social y a pedido de José López Rega, para aniquilar —básicamente— al Movimiento Peronista Montoneros y al Ejército Revolucionario del Pueblo: da nombres, describe los atentados y el modo en que los presentaban para responsabilizar a las distintas agrupaciones militantes, apunta quiénes y cómo eran sus informantes en la sociedad civil, y otros tantos que operaban desde la prensa. Una radiografía del horror mostrada desde las mismas vísceras. “Con respecto a la muerte de Cafrune —dice Paino—, pese a todos los desmentidos que se han formulado, tengo la absoluta certeza de que fue obra de López Rega”. Como se recordará, en 1978 López Rega estaba lejos del gobierno pero no del poder; lo que advierte Paino es que para entonces el modo de operar de la Triple A ya se había naturalizado y extendido al total de las Fuerzas Armadas. Más adelante afirma: “La muerte de Jorge Cafrune no fue

una muerte accidental. Por más que en ese entonces no tuviesen nada que ver o no figurasen en el personal, tanto el vehículo que se utilizó como así también la persona que lo manejaba, visitaron muchas veces el Ministerio de Bienestar Social”.¹

Habrà que esperar que a mediados de la década de 1980 Celia Teresa Meschiati envíe desde Ginebra en valija diplomática su testimonio como detenida-desaparecida del centro La Perla, en Córdoba, para conocer otra arista del espanto. Su testimonio se suma al *Informe de la CONADEP Nunca más* (1984) y resulta definitivo para los que nunca creímos en la versión oficial de esa Argentina agonizante regida por el orden castrense.

“Entiendo que la familia no quiera creer en nuestro testimonio”, me dice cuando la entrevisto, en referencia a su declaración y la de Graciela Geuna, la otra mujer que asegura también haber escuchado a los militares adjudicarse la muerte de Jorge Cafune. “No es lo mismo leer lo que alguien dice, que haber vivido lo que nosotros vivimos, y saber de lo que esa gente era capaz de hacer. Es que, ¿sabés? Así como trataron de colonizar nuestra cabeza, y no pudieron, nosotros también llegamos a conocerlos. ¿Tengo la certeza de que lo hayan hecho? Sí y no. Hay un 95% de posibilidades de que sean los responsables. Tampoco los vi nunca fusilar a alguien, sin embargo en los dos años que estuve allí llegaron a pasar por esa cuadra más de dos mil quinientas personas que ahora están desaparecidas”.

Desde que logró salir del centro de detención, Teresa no ha cesado de denunciar las vejaciones y torturas allí sufridas. Desde 2008 hasta la fecha ya ha declarado en varias causas, por las que se ha logrado encarcelar a unos cuantos genocidas.

La tarde en que nos encontramos, Teresa ametralla el tiempo con borbotones de palabras, con la urgencia de quien tiene mucho que contar y poco tiempo. Trabajo con palabras así que cuando no me toman por asalto, suelo mantener con ellas una distancia prudente y respetuosa. Las palabras pueden informar, mentir, seducir, acariciar, confundir... Pueden todo y no pueden nada, al fin, si atrás de ellas no hay algo. No conozco a esta mujer, no tengo por qué creerle. Y sin embargo creo de principio a fin en todo lo que me cuenta. Habla con rapidez, con soltura, como quien ha contado lo que le pasó muchas veces, y no le importa ya si le creen o no, porque lo que en verdad necesita es contarlo. Una y otra vez, hasta que llegue la muerte.

“¿Que por qué estoy viva? ¿Que por qué no me mataron en La Perla?, me preguntan. ¡Qué sé yo! Porque no era mi momento, nadie sabe cuándo es el momento”, dice Teresa entre risas. No es una risa nerviosa, más bien es alegre, largada sin cálculo ni promesa de revancha. Y yo la sigo, también me río, intentando detener las lágrimas.



1 Paino, Horacio. *Historia de la Triple A*. Montevideo, Editorial Platense, 1984, p. 161.

* Imágenes cedidas por revistafolklore.com.ar